

Reseñas

1. José Manuel LÓPEZ D'JESÚS, *El jardín de los desventurados*. Colección Primera intemperie. Caracas: La Poeteca, 2018.

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo

Departamento de Historia Universal / Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela

Se trata de cuarenta páginas plenas en virtudes en las que uno es profano: poesía, música y sabiduría de la vida. El acercamiento a su lectura se dio por la subyugación que ejerce el objeto que constituye. Valga confesar que es el único material impreso que ha entrado en casa, por lo menos, en los últimos tres años, pues las adquisiciones de libros, revistas, folletos, periódicos e incluso hojas sueltas por compra y regalo, con esta excepción, fueron derrotadas por la necesidad de concentrarlas exclusivamente en cada vez menos alimentos y nada de todo lo demás. No es queja, aunque la merezca, ni protesta siquiera, aunque la amerite: una u otra en nada parecen atemorizar la estabilidad de cualquier poder. Es apenas testimonio.

El jardín de los desventurados tiene la plenitud señalada porque el autor es poeta, músico y filósofo y pertenece a los héroes de estos tiempos, cuando aún con un magro puñado de centavos de dólar por salario, se niega a abandonar las aulas universitarias de las que egresó con dos licenciaturas, una maestría y (pronto) un doctorado y en las cuales brinda clases de Filosofía y sigue yendo a cumplir con sus alumnos, sus reuniones de Departamento y sus sesiones de estudio, caminando de su casa a la Facultad y de esta a donde los suyos.

Es poeta no solo porque lo han reconocido por serlo (gano el Premio de Poesía Gelindo Casasola en 2010, obtuvo mención honorífica en la mención poesía del Concurso organizado por la Dirección de

Asuntos Estudiantiles de la ULA en 2014, fue uno de los ganadores del Primer Concurso de Poesía Joven Rafael Cadenas de La Poeteca en 2018 y ha sido editado en Venezuela y fuera del país), sino también porque sabe demostrarlo (pág. 9):

Si se pudiera regresar el tiempo / ser menos dócil
...
Permanecer en el error
invitar una criatura al rezo,
comulgar en nombre de una cicatriz,
despojarse de las ramas
los tallos
oír la canción de la serpiente emplumada
ella sola,
libre.

López D'Jesús es también músico: se reúne a ensayar con otros músicos, toca en lugares nocturnos que no dejan dormir a los vecinos, hace de la música objeto de estudio y reflexión, ha recibido como tal el mejor reconocimiento: un lugar en la morada familiar para componer y practicar. Y en ella ha encontrado los versos exactos para definir a Venezuela (pág. 35):

Nación sin nombre,
infinitas balas
Sin luces,
ni caminos,
recorren un país
...
sin color,
una nación sin canción.

El poeta y músico es asimismo sabio, no por hacer del estudio y la creación el meandro que le permite esperar a que pase la turbia

crecida, ni tampoco por acumular diplomas pendientes de colgar alguna vez en una pared desnuda y evitar, así, que los enmohezca la humedad de los meses de lluvia en el fondo del baúl donde están guardados. Lo es por no ser ajeno ni indiferente a su entorno vivencial que lo ata a unos afanes cotidianos de los que no es fácil zafarse. Sabe que los del Consejo Comunal vienen recogiendo en efectivo lo de la bolsa del Clap que repartirán el lunes, reconoce las campanadas que llaman a la misa de las cinco de la tarde el miércoles en la Iglesia cercana, sonríe al comprobar que son los mismos vehículos que se estacionan frente a la iglesia evangélica del otro lado de la plaza los domingos, los que esperan —de lunes a viernes y cerca del mediodía— ante la entrada del Colegio católico para recoger a las niñas que crecen rápido y ya las merodean los varones que a esas horas se sientan en los rotos bancos a mirar los grupos de muchachas que cruzan esa frontera abierta entre los dos templos cristianos opuestos desde el siglo XVI, se levanta temprano el jueves para hacer la cola de la harina para las arepas en el negocio de los chinos a metros de su casas y —dolido, irónico y negador de mayúsculas a nombres propios— hace crudo registro poético de su tiempo (pág. 26):

*Es la plaza sucre la casa del grillo que ladra por no querer dormir,
vitral de todos los santos malditos,
solar con todas las derrotas y avatares ahorcados en el viento...*

...

*Es la plaza sucre lugar patriótico,
morada histórica por lo decadente,
por lo puta,
igual que mérida,
venezuela,
la casa abandonada.*

Todo lo dicho en la dignidad que le debe ser tenida al poeta, al músico y al pensador como instrumento de la poesía, la música y la sabiduría: una edición grata, olorosa a tinta impresa, diseñada con

sensibilidad, con colores serenos en la portada, maquetada por artistas, corregida con delicadeza, cuidada hasta en el detalle de escoger las letras y el papel para la fusión tipográfica y bajo el cuidado de un equipo reconocedor de que el arte (en este caso el de la poesía) es la morada de lo humano trascendente. Y todo eso lo hizo posible la Fundación La Poeteca, que este año apenas cumplirá el segundo de su existencia y cosecha una trayectoria sorprendente de lectores, conferencias, talleres, lecciones, cursos, recitales, concursos y tiene su sede en las redes sociales (Twitter, Instagram y Facebook), Caracas y en <https://lapoeteca.com>.

